

cando primero la honra y gloria de su rey, y anteponiéndola, cuando parece que se encuentra, á la suya y á sus intereses, Él se los acrecentará, y les conservará y aumentará sus reinos, y cuando hicieren lo contrario, Él se los destruirá, como en el capítulo siguiente se dirá.

CAPÍTULO XIV.

Pruébase con algunos ejemplos que los príncipes que siguen la razon falsa de estado destruyen sus estados y señoríos.

Muy gravemente dijo santo Tomas (1) que la sabiduría y la potencia son hermanas y compañeras de la verdadera religion, y que en faltando la religion, necesariamente ellas han de faltar; lo cual es grandísima verdad, no solamente porque las provincias y reinos en que florece la religion, florecen juntamente en la sabiduría y poder; pero porque cualquiera príncipe que se desvia desta regla, y en sus consejos mira más á la falsa razon de estado que á la ley de Dios, necesariamente ha de perder el estado, la prudencia y el poder. Desenvolvamos algunos ejemplos de reyes y príncipes en este capítulo, los cuales, queriendo gobernar sus reinos y estados con prudencia humana y con esta falsa razon que llaman de estado, más que con la ley y acuerdo de Dios, se arruinaron, y por el mismo camino que pensaron conservar sus estados y reinos, los perdieron y acabaron.

Jeroboan, criado de Salomon, fué hecho rey de los diez tribus que Dios quitó á Roboan por los pecados del rey Salomon, su padre, como él mismo se lo habia amenazado, y enviándole al profeta Achías, sionita, y amonestándole que si queria perpetuar el reino de Israel en su casa, guardase con gran vigilancia sus mandamientos y caminase por las sendas de la justicia y verdad (2). Y habiéndolo de hacer así, y acordarse que de un pobre criado de Salomon, Dios le habia levantado á tan alta dignidad, y que como el Señor habia quitado á su amo el reino por sus pecados, tambien se le quitaría á él si le ofendiese; olvidado de todo esto, y desvanecido con su grandeza, y deseoso de conservarla y perpetuarla para sus descendientes, buscó otro medio humano, sacado de la razon falsa de estado, el cual fué su total ruina y destruicion. Pareció á Jeroboan que, siendo Roboan el legítimo heredero de Salomon y el natural rey y señor, el pueblo siempre le tendria aficion y se inclinaria más á seguirle que no á él; y que si se juntase á esto el ir el pueblo á orar y sacrificar en el templo, que con tanta magnificencia habia edificado Salomon (como Dios lo mandaba), sería ocasion para que, trocado el corazon, volviese á la obediencia de Roboan y le matasen á él, y perdiese la vida y el reino; y por otra parte, que no podia él mandar al pueblo que no fuesen á sacrificar á Jerusalem, porque esto lo llevaria á mal. Pues ¿qué remedio? Dígalo la razon de estado. El remedio fué apartar el pueblo del templo de Dios y de las idas y venidas de Jerusa-

(1) Opúsc. xx, lib. II, cap. últ. (2) III, Reg., XIII.

len; y porque no podia conservar el reino sin religion y ceremonias y sacrificios, ponerlo en otras partes, donde teniendo la gente lo que habia menester, no tuviese necesidad de ir á Jerusalem, y se olvidase de Roboan y áun de Dios. Para esto mandó fabricar dos becerros de oro y dióselos por dioses, y puso el uno en Bethel y el otro en Dan, para mayor comodidad del pueblo. Hizo sus sacerdotes, y no de la tribu de Levi; instituyó sus fiestas y solemnidades á semejanza de las que Dios habia ordenado, y finalmente, con esta representacion de falsa religion, pervirtió su reino y le hizo olvidar de la verdadera religion y culto que el Señor le habia dado.

Éste fué el consejo y la traza de Jeroboan, ésta fué la razon política de estado que él halló para perpetuar el reino en su casa; pero veamos cómo le salió. Despues que el Señor le avisó con un profeta, y se le secó la mano con la cual le quiso tener porque le reprendia, y se hizo pedazos el altar, y vió otras señales y otras amenazas del Señor, ciego y arrebatado de su ambicion, no se arrepintió ni volvió á Dios, y así fué castigado y desarraigado él y toda su casa de la tierra por este pecado, como lo dice la Sagrada Escritura por estas palabras (3): «Por esta causa pecó la casa de Jeroboan, y fué arrancada y asolada de sobre la haz de la tierra.» Y Nadab, hijo de Jeroboan, que reinó dos años en Israel, fué muerto por Baasa, el cual pasó á cuchillo toda la posteridad de Jeroboan y no dejó á vida hombre della, como Dios se lo habia amenazado por el profeta Azía (4). Éste fué el fin del consejo que tomó Jeroboan por razon de estado, queriendo conservar sin Dios, ó por mejor decir, contra Dios, aquel reino que el mismo Dios por su bella gracia le habia dado. Veamos ahora otro ejemplo de otro rey bueno y al principio favorecido de Dios, y despues desconfiado, y por la desconfianza castigado del mismo Dios.

En el libro del *Paralipomenon* (5) se lee que Asá, rey de Judá, fué muy piadoso, y su corazon entero para con Dios; y que el Señor, en pago de su obediencia y celo que tuvo de la religion, le dió muchos años paz, y no permitió que sus enemigos le hiciesen guerra y se levantasen contra él; y que una vez que Zará, rey de Etiopia, vino contra él con un ejército innumerable de un millon de hombres, Asá se volvió al Señor y le suplicó que le favoreciese, y Dios le oyó y favoreció de tal suerte, que hizo gran matanza en los enemigos y los aniquiló, y despojó sus reales y destruyó sus ciudades, y dice el texto sagrado que fueron desbaratados y deshechos los enemigos, porque el Señor los heria y su ejército peleaba contra ellos. Esta vez le sucedió muy bien al rey Asá, porque negoció con Dios y tuvo su confianza en Él. Mas otra vez, haciéndole guerra Baasa, rey de Israel, que estaba confederado con Benadab, rey de Siria, y era gentil y muy poderoso, temió Asá que si los dos reyes

(5) III, Reg., XII. (4) III, Reg., XV. (5) II, Paralip., XVI.

se juntaban contra él, no podria él solo resistirles por no ser tantas sus fuerzas; y olvidado de las que Dios le habia dado contra Zará, rey de Etiopia, y de las prendas que tenia para confiar en Él, se determinó, por razon falsa de estado, de apartar con negociacion y maña á Benadab, rey de Siria, de la amistad del rey de Israel, su enemigo, y traerle y confederarle consigo; y para que lo hiciese de mejor gana (porque el interese y utilidad suele ser muy poderosa en el consejo de los príncipes), le envió grandes tesoros y dones; y porque su hacienda no bastaba para tanto gasto, se aprovechó de las riquezas y tesoro del templo; y con esto, el Rey de Siria dejó la amistad del Rey de Israel y le hizo guerra, y socorrió al rey Asá, y él quedó libre del peligro que temia, y muy contento por el buen consejo de estado que habia tomado, y porque habia rompido el vínculo y amistad que tenían los dos reyes, sus enemigos, y hermanándose y hecho liga con el uno contra el otro.

Pero el Señor, que ve los corazones y quiere que confiemos en Él, envió al rey Asá el profeta Hanani, que le dijese (1) que porque habia tenido esperanza en el Rey de Siria, que era gentil, y no en su Dios, el Señor le habia quitado de las manos una gran vitoria que le diera contra el mismo Rey de Siria; porque si no se hubiera confederado con él, hubiera venido á hacerle guerra en favor del Rey de Israel, y fuera vencido y desbaratado del rey Asá, como antes lo habia sido el Rey de Etiopia, cuyo ejército era más fuerte y más copioso que lo podia ser el del Rey de Siria. Y añadió el profeta: «Porque los ojos del Señor contemplan toda la tierra, y dan la fortaleza á los que con perfecto amor y corazon creen en Él; y así neciamente has hecho, y por este pecado de aquí adelante vivirás desasosegado, y se levantarán muchas guerras contra tí.» Esto es lo que dice el Espíritu Santo, para enseñarnos cuánto más vale el consejo que se toma con Dios que todas las razones de estado sin Él. Y la culpa de Asá no fué buscar ayudas y socorros (que éstas con prudencia cristiana se pueden y deben buscar), sino buscarlas de rey idólatra y gentil y enemigo de Dios, y fiar más de su poder que del de Dios, y confederarse con Él, y para ganarle la voluntad, ofrecerle y presentarle los tesoros del templo y santuario del Señor.

Despues que los fariseos y príncipes de judíos vieron el milagro que Jesucristo nuestro redentor habia obrado, de la resurreccion de Lázaro, y que por Él y por las otras obras admirables que cada dia hacia, todo el pueblo se iba tras él, entraron en consejo y dijeron (2): «¿Qué hacemos? ¿Cómo dormimos? ¿No veis que este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos y no le atamos las manos, todo el mundo creará en él, y vendrán los romanos contra nosotros y contra nuestra ciudad, y fácilmente la tomarán y destruirán; porque no habrá quien la defienda, siendo, como es, este hombre y los que le siguen, tan

(1) II, Paralip., XVI. (2) Joan., XI.

contrarios y enemigos della y de nuestro santo templo. Pues ¿qué remedio hallaríamos para tanto mal? Que muera uno para que no mueran todos, y con la muerte de uno aseguráremos nuestras vidas y las de nuestras mujeres é hijos; y así concluyeron, por razon falsa de estado, de quitar la vida al Autor de la vida. ¿Qué ganaron por esto? ¿Cómo les salió este consejo? Murió Cristo en una cruz, y por medio de su benditísima pasion creyó todo el mundo en Él, y en venganza de su muerte, ordenó Dios que viniesen los romanos, y que cercasen y apretasen y entrasen la ciudad, y la asolasen de manera, que no quedase della piedra sobre piedra, y que se hiciese en los judíos uno de los más graves y horribles castigos que se ha hecho en el mundo, como las historias que tratan dello lo testifican. De suerte que por el camino que pensaron conservar su ciudad la perdieron, y el consejo que tomaron, por razon de estado, contra Dios, fué su destruicion y su cuchillo. Y si hubieran mirado al Señor, y considerado que aquel hombre era santo é inocente, y que resplandecía con grandes y singulares milagros, y que por medio dellos Dios convertia las gentes y las traia á su conocimiento, y que pues ésta era obra de Dios, cuando todos creyesen en Él y le siguiesen, el mismo Dios, debajo de cuyo amparo y proteccion vivian, los defenderia, hubieran creído en Cristo, y recibidole por su mesías, y salvádose á sí y á su ciudad.

CAPÍTULO XV.

Prosigue el capítulo pasado.

Dejemos las sagradas letras, y digamos algunos pocos ejemplos de lo que despues ha sucedido. El infame y detestable Witiza, rey de España (3), despues de haber dejado la rienda á sus apetitos, y trocado la falsa clemencia que al principio prometia, en una verdadera y extraña crueldad; despues de haber quitado con su ejemplo y con sus palabras y leyes el freno de la honestidad y vergüenza á todo su reino, y la obediencia al Papa, y el respeto y reverencia á Dios, sumido y anegado en un profundo abismo de maldades, y atormentado del verdugo de su mala conciencia, comenzó á temer que su reino no se levantase contra él, y que las ciudades y plazas fuertes no se rebelasen y tomasen las armas para quitarle la corona, de la cual era tan codicioso como indigno. Para atajar este daño y asegurar este peligro, por razon falsa de estado, mandó derribar los muros de las ciudades y desmantelar las villas cercadas y más fuertes de su reino, diciendo que en él habria gran paz, y que donde él estaba no habia que temer; pero verdaderamente para asegurar su corona. Mas como él era indignísimo della, y el consejo que tomó, tan perverso y contrario á Dios y á toda razon, no le salió bien; porque fué privado del reino y de la vista, y acabó miserablemente, y dejó el reino tan

(3) Arzobispo don Rodrigo, lib. II, cap. XV, y Mariana, *De rebus Hisp.*, lib. VI, cap. XIX.

desproveído, flaco y desarmado, que no pudo hacer resistencia á los moros cuando, en tiempo del rey don Rodrigo, sucesor de Witiza, entraron y sujetaron á España, queriendo nuestro Señor, por pecados del mal rey y del reino, castigarle con el duro yugo y miserable y larga servidumbre de tantos años.

El duque Carlos de Borgoña, que llamaron el Animoso y Osado, traía guerra con Renato, duque de Lorena, y casi ya le habia desposeído de su estado; y teniendo cercado á Nanci, cabeza del, entendió que Ludovico, undécimo rey de Francia, su enemigo, queria enviar su ejército para socorrer aquella villa, de la cual dependia la suma de la vitoria y el buen progreso de otras que esperaba; y no pudiendo por otro camino divertir al Rey y apartarle de la amistad del Duque de Lorena, por razon de estado le entregó á Ludovico, conde de San Paulo, que era condestable de Francia, y un señor principal y poderoso, que le habia servido en grandes cosas, y sido gran ministro y consejero del mismo Rey de Francia, y caído de su gracia, y temiendo su ira, se habia puesto en las manos de Carlos, debajo de su fe y palabra, para que le amparase; porque estaba el rey Ludovico tan enojado contra el Conde, y tan deseoso de castigarle, que por ninguna otra cosa queria desistir de su intento y dejar de socorrer á Nanci, por el deudo y alianza que tenia con el Duque de Lorena, sino por la entrega del Conde, que por ella, tambien por razon de estado, posponia las obligaciones que tenia de favorecer al Duque de Lorena. Entregóse el Conde, y cortáronle la cabeza en París, el año de mil y cuatrocientos y setenta y cinco. Pero notan los historiadores (1) que desde aquel punto nunca á Carlos le sucedió cosa próspera, ántes todas le fueron adversas, y el año siguiente fué desbaratado y muerto de los suizos; porque, como el consejo que tomó de entregar al Conde habia nacido de la falsa razon de estado de los políticos, y no de la ley de Dios, así el mismo Dios le dejó y castigó con tan desastrado y lastimoso suceso.

Ludovico Esforza, que llamaron el Moro, duque de Milan, queriendo establecer aquel estado, que por malas mañas habia quitado á Juan Galeazo, su sobrino, y vengarse del rey don Alonso de Nápoles, por razon falsa de estado urdió y tramó y tejó una tela, que cuando quiso destejerla, no pudo, y le costó el estado, la libertad y la vida. Solicitó á Carlos VIII, rey de Francia, que entrase con poderoso ejército en Italia y que hiciese la empresa del reino de Nápoles, y despojase al rey don Alonso, y ofrecióse de servirle y ayudarle. Vino el rey Carlos, tomó el reino de Nápoles, aunque presto le perdió, y arrepentido Ludovico, juntándose con los otros potentados de Italia, pretendió á la vuelta estorbar el paso al Rey, el cual al fin pasó con aquella reñida batalla del Taro, de la cual tan diferen-

(1) Felipe Comineo, en su *Historia*, y Jacob Meyer, lib. xvii de sus *Anales*.

temente hablan los historiadores franceses é italianos. Y lo que ganó Ludovico de su consejo fué, que perdió su estado y fué vendido de sus mismos soldados, y preso, en hábito de esguizaro, de los franceses, y puesto en una jaula de hierro, donde acabó miserablemente su vida, dejándonos un ejemplo memorable, para escarmiento de todos los príncipes que en sus consejos no miran á Dios (2). Pues él, que estaba tan ufano y pagado con su grandeza y prosperidad, que se llamaba hijo de la fortuna, cuando ella le volvió las espaldas y le derribó de lo alto de su rueda inconstante y presurosa, conoció que no tiene firmeza y que cuanto más se nos rie, más nos engaña.

Juntamos con los ejemplos destes duques el de otro duque más moderno. Juan Federico, duque de Sajonia, deseó mucho, á lo que yo he entendido, sacar el imperio de la casa de Austria, porque lo parecia que se iba haciendo hereditario en ella. Comunicó este su deseo con Martin Lutero, el cual le aconsejó que si queria mudar el estado, mudase la religion. Siguiendo este mal consejo, tomó al mismo Lutero por instrumento de su maldad, y comenzó á alentarle y favorecer su secta y errores, y á pervertir la religion católica en su estado; y no contentándose con esto, se rebeló contra el emperador don Carlos V, su legitimo señor, y le hizo guerra y pretendió echarle de Alemania. Lo que ganó deste consejo y loca razon de estado fué, que el Emperador le venció y prendió y quitó el estado, y le privó de la dignidad de elector del imperio, y la dió y traspasó perpetuamente al duque Mauricio, primo del duque Juan Federico, y á su casa, que hoy dia posee.

Los reyes de Francia, Francisco I y Enrico II, su hijo, con ser príncipes católicos, trayendo guerra muy reñida con el emperador Carlos V, rey de las Españas, por razon de estado, el uno se confederó con el Turco, y procuró que con sus armadas infestase las marinas y costas de los reinos del Emperador; y el otro hizo liga con los herejes protestantes de Alemania contra el mismo Emperador, como lo escriben los mismos historiadores franceses (3). Lo que ganaron destas ligas y confederaciones fué, que las armadas del Turco no hicieron efeto importante contra el Emperador, y el tiempo que estuvieron en Tolon destruyeron toda aquella comarca y tomaron noticia de los puertos y fuerzas de Francia, para servirse della cuando la quisiesen asaltar; y los protestantes y príncipes de Alemania herejes, que se rebelaron contra el Emperador, fueron humillados y vencidos. Y por estas confederaciones y amistades con los turcos y con los herejes, y por otros pecados nuestros, ha permitido nuestro Señor que un reino nobilísimo, poderosísimo y cristianísimo esté tan miserablemente afligido y abrasado con el incendio de fuego infernal, que ni con oraciones, ni con lágrimas,

(2) Cai Biardino, lib. iii y iv. (3) Genebr., in *Chron.*, lib. iv, año 1548.

ni con los rios de sangre que en tantas guerras más que crueles se han derramado, hasta ahora no se ha podido apagar; ántes le ha acrecentado y crecido con lo que el rey Enrique el Tercero, hijo de Enrique el Segundo y nieto de Francisco el Primero, hizo cuando por esta engañosa razon de estado mandó matar á Enrique de Lorena, duque de Guisa, y á su hermano el cardenal Luis de Lorena, en la asamblea de Bles, este año pasado de mil y quinientos y ochenta y ocho, pensando que con la muerte destes dos hermanos y valerosos príncipes allanaria las dificultades de todo su reino, y seria temido y obedecido de todos, sin repugnancia y contradiccion. Pero, como el consejo que tomó fué de políticos y maquiavelistas, no regulado con la ley del Señor, por su justo juicio vino á morir el mismo rey Enrique por mano de un pobre fraile, mozo, simple y llano, de una herida que le dió con un cuchillo pequeño, en su mismo aposento, estando el Rey rodeado de criados y de gente armada, y con un ejército poderoso, con el cual pensaba asolar dentro de pocos dias la ciudad de Paris. ¿Ha habido en el mundo ejemplo como éste, tan nuevo y tan extraño, y jamas oído de los nacidos?

Extraño ejemplo es éste, pero no lo es ménos el que se sigue, el cual quiero poner aqui, como lo escribe un autor frances (1), hablando con este Enrique III, rey de Francia, de quien acabamos de hablar, y pintándole muy al vivo el estado de su reino, y exhortándole, ante todas cosas, á tener cuenta con la religion, le dice: «Pero el ejemplo que más debeis tener en la memoria es el de la reina de Escocia, vuestra buena hermana, la cual habiendo muerto por traicion, violencia y crueldad de su pérdida tia Isabel de Inglaterra, por la honra de su Dios, en la profesion constante de la religion católica, no puedo tenerla sino por verdadera mártir. Y no obstante esto, debemos considerar en su vida una cosa muy notable, que pudo ser causa de sus grandes trabajos, y es, que estando en su reino de Escocia toleró las herejías, contra el parecer de los buenos católicos, y no quiso que matasen al bastardo Stuard, que era cabeza dellas, por seguir el consejo de los políticos; y así luego le fué pronosticado que su vida pagaria por la vida del bastardo, como pagó, aunque algunos años despues. Que es ejemplo memorable y mucho para temer, pues Dios siempre es el mismo y celoso de su gloria, y su mano siempre poderosa.» Todo esto dice este autor.

En este ejemplo se ve cuán diferentes son los juicios de Dios y los de los hombres; porque la Reina de Escocia, cuando por razon de estado disimuló con los herejes de su reino, ellos eran muchos y poderosos, y ella mujer y moza y sin experiencia, y siguió el consejo de los que tenía á su lado, y le decian que era mejor usar de blandura que perderlo todo, que son todas cosas que en nuestros ojos la pudieran excusar. Mas el Señor, que es celosísimo

(1) *Remonstrance*, p. 175.

mo de su honra, y no quiere que los reyes, á quien él ha honrado sobre los otros hombres, se descuiden en ella, castigó por una parte con justicia á la Reina, quitándole el reino y la libertad, y affigiéndola con tan larga prision y con un tratamiento indigno de su real persona, y por otra usó con ella de misericordia, rematando sus trabajos con un fin tan glorioso, como fué dar la vida por su santísima fe y por aquella misma religion que ella con ménos constancia al principio habia defendido; pero si esto se hizo en el leño verde, ¿qué se hará en el seco, y con los príncipes que no tienen otro dios sino esta falsa razon de estado, los cuales pierden sus reinos por tener más cuenta con ella que con Dios, por el cual reinan todos los reyes, y sin el cual ninguno puede reinar ni tener buen consejo? Porque cuando el príncipe le vuelve las espaldas, él permite que todos los de su consejo no vean lo que le está bien, ó que el príncipe no siga el buen consejo que le dan, como lo hizo Absalon con Achitofel; porque por voluntad de Dios, como dice la Sagrada Escritura (2), se desbarató el consejo de Achitofel, que era provechoso, porque el Señor queria castigar á Absalon. Y por eso dice Isaías (3) que aniquilaria, precipitaria y desharia el consejo de Egipto, porque no hay consejo contra el Señor. Yo creo que no hay hoy rey ni príncipe ni república de cristianos, que no haya seguido esta razon falsa de estado, y hecho más caso della que de lo que Dios manda, que no le haya salido al rostro y pagado con las setenas, aunque se disimula ó no se advierte, porque los hombres comunmente pensamos que los azotes y castigos de Dios nos vienen acaso, ó los atribuimos á otras cosas impropias é impertinentes, habiéndolas de atribuir á nuestros pecados, que son la verdadera causa dellos.

CAPÍTULO XVI.

Que los príncipes que se gobiernan por la ley de Dios más que por la falsa razon de estado son favorecidos de Dios.

Por el contrario, vemos que los príncipes que tienen puesta la mira en Dios, y con su santa religion y obediencia nivelan sus deliberaciones y empresas más que con otros intereses y fines particulares, el mismo Dios los favorece y prospera, y da felices sucesos, como los dió á los reyes santos y fieles siervos suyos, que se cuentan en la Sagrada Escritura. A David, á Ezequías, Josafat, Asá, Josias y á los que despues del Evangelio creyeron en él y tomaron por regla de su gobierno y de la conservacion de sus estados la ley del Señor y la guarda y defensa de su santa religion (4). ¿Qué emperador hubo en el mundo más religioso que el emperador Constantino, ni más glorioso en sus guerras y vitorias? ¿Cuál fué mayor, la piedad del emperador Teodosio ó su felicidad? Pues ¿qué diré de sus hijos Arcadio y Honorio? ¿Cuántas veces fueron favorecidos del Señor por haber tenido más

(2) III, *Reg.*, xvii. (3) *Isai.*, xix. (4) *Aug.*, *De civit. Dei*, lib. v, cap. xxiv.

cuenta con su santa religion que con la falsa razon de estado? (1). Arcadio negó á Gaina, capitán poderoso, arriano y bárbaro, una iglesia que pedía para que en ella se juntasen en Constantinopla los arrianos, posponiendo cualquier peligro de estado al culto de Dios, el cual le amparó de manera, que yendo de noche los soldados de Gaina á quemar el palacio del Emperador, vieron los ángeles que estaban en su guarda, y atemorizados, volvieron atras, sin poder ejecutar su mal intento.

Alarico, rey de los godos, vino sobre Roma, y hizo nombrar á Attalo por emperador, y habiendo gran peligro que los gentiles de Roma (que eran muchos) y los donatistas de África (que no eran ménos) siguiesen la voz de Attalo, Honorio, que era el verdadero emperador, por tenerlos contentos, hizo una ley por razon de estado, dándoles libertad de conciencia, y luego se perdió Roma; y reconociendo su engaño Honorio, la revocó, y luego Dios tomó la mano por él y deshizo al mismo Alarico y á los otros tiranos que se habian levantado contra él, para que se entendiese que con la religion cae y se levanta el imperio, como lo escribe Paulo Orosio (2), y lo notó en sus *Anales César Baronio* (3). No fué ménos favorecido del Señor Teodosio el menor, nieto del gran Teodosio, y su hermana la castísima doncella Pulqueria, que largos años gobernaron el imperio de Oriente con tan extremada felicidad, que parecia que andaban á porfía, ellos á hacer servicios á Dios, y Dios á hacerles beneficios (4). Y muchas veces, cuando los enemigos eran muchos y los apretaban por tantas partes, que ni el consejo ni las fuerzas del imperio parece que podian resistirles, el Señor (cuyos son todos los imperios) milagrosamente los desbarataba y confundía, porque confiaban en Él. Joviniano y Valentiniano (5) fueron soldados de Juliano Apóstata, y debiendo, por razon de estado, seguir la voluntad de su amo para subir y valer, no quisieron; antes, como fieles y valerosos cristianos, le resistieron y tuvieron en más la fe que profesaban que la gracia del Emperador, el cual por ello los desterró y castigó; pero el Señor, que, como dice Teodoro, es justo juez y liberalísimo remunerador de los que de veras le sirven, los levantó á la grandeza del imperio romano, sucediendo uno tras otro al malvado emperador Juliano, de quien habian sido desterrados. ¿Qué diré del emperador Carlos Magno (6), tan devoto para con Dios, tan humilde para con la Sede Apostólica, tan magnífico para con las iglesias y sus ministros, y por esto tan magnánimo y victorioso en las guerras, y felicísimo en el discurso de su vida y en la administracion del imperio? ¿Qué de Hugo Capeto (7), que por la devocion y reverencia con que habia honrado los cuerpos de los santos Vuelerico y Richerio, mere-

(1) Sozom., lib. vii, cap. iv. (2) Lib. vii, cap. xlii. (3) Bar., tomo v, año 411. (4) Sozom., lib. ix, cap. iii; Bar., tomo v, año 400. (5) Ant., II p. *Hist.*, tit. ix, tomo v, pár. 9; Tripartit., lib. vi, cap. xxxv. (6) Paul. Diae., lib. 1, cap. 1. (7) Robert. Guuquin, lib. v. en Hugo Capeto.

ció ser sublimado en el reino? ¿Qué de Roberto, rey de Francia, hijo del mismo Capeto, que con su piedad y limosnas estableció en su casa, ya há seiscientos años, la corona de Francia, y los muros de las ciudades de los enemigos que resistian á las armas y máquinas, cedían y caían á sus oraciones? ¿Qué de Rodolfo, conde de Habsburg, que por su admirable devocion y piedad mereció ser origen y fundador de la casa de Austria, la cual está tan extendida, que con su grandeza abraza el mundo y es madre fecundísima de tantos y tan ilustres príncipes, reyes y emperadores? Porque habiendo este conde una vez ido á caza y apartándose de sus criados, topó en el campo un clérigo solo que iba á pié, y llevaba el Santísimo Sacramento del altar á un pobre enfermo que vivía por aquellos campos; el buen Conde luego se apeó de su caballo y hizo subir en él al clérigo, y le cubrió con su capa aguadera (porque llovía), y en cuerpo y á pié se fué con él acompañando al Señor hasta llegar adonde estaba el enfermo; y fué tanto lo que agradó al Rey de los reyes y Señor de todos los imperios esta su humilde y devota piedad, que le hizo padre de tantos y tan gloriosos príncipes como despues acá ha habido en la casa de Austria, como dijimos.

Toda razon de estado, considerada por sí, sin respeto á la religion, debía persuadir á nuestro rey don Ramiro que, teniendo los moros tantas fuerzas como tenían, y él tan pocas, no rompiese los conciertos que habia hecho con ellos el rey Manregato, y que le diese las cien doncellas que él les habia prometido; pero no quiso, porque juzgó que era cosa indignísima de rey cristiano entregar al lobo infernal las inocentes corderas, y confió que el Señor, cuya era aquella causa, la defendería, como lo hizo por medio del apóstol Santiago, patron de España, dando con evidente milagro la victoria á los cristianos en aquella memorable batalla del Clavijo (8). ¿Cuán bienaventurados fueron los reinos de España en los tiempos que reinaron en ella los reyes piadosos y celosos del culto de Dios, del rey don Fernando el Magno, del rey don Alonso tambien el Magno, del Casto, de los otros Alonsos, del rey don Fernando, que por la excelencia de sus virtudes llaman el Santo? En cuyo reinado, que fué treinta y cinco años, no hubo en ellos hambre ni pestilencia ni guerra sino contra los moros, en la cual siempre salió vencedor (9). Bien podemos poner en esta cuenta á muchos de los reyes de Portugal, y particularmente al primero de todos, que fué el rey don Alonso Enriquez, en la iglesia devotísimo, en la paz justísimo, en la guerra fortísimo, y siempre celador de la gloria del Señor, y puesto en sus manos, y seguro debajo de su sombra y proteccion.

Murió el rey de Castilla don Enrique el Tercero, dejando á su hijo el rey don Juan el Segundo en la cuna. Temíanse las armas de los moros y algunos

(8) III part. de la *Corónica de España*, fol. 252. (9) En la *Corónica general de España*, cap. últ.

movimientos del Rey de Portugal, y para resistir á las unas y componer las otras habia necesidad de rey, que con su prudencia y valor lo supiese y pudiese hacer. Pusieron muchos señores los ojos en el infante don Hernando, hermano del rey muerto y tío y tutor del hijo vivo; juntáronse los grandes, y preguntando el condestable don Rui Lopez de Avalos por quién alzarían la voz de rey de Castilla, aunque por razon de estado pudiera el infante don Hernando aprovecharse de la ocasion y voluntad de los grandes, y de la necesidad del reino, y del ejemplo de lo que otras veces se habia hecho en él, no quiso sino que se diese la corona á quien de derecho le venía, y respondió al Condestable: «¿Por quién, sino por el rey don Juan, mi señor y sobrino?» anteponiendo la fidelidad al reino que le ofrecían (1). Mas el Señor por ella le honró de tal manera, que despues le dió la corona de los reinos de Aragon y Sicilia, y á sus hijos y nietos las de los reinos de Nápoles y de Navarra, y la misma de los reinos de Castilla, que él para sí no habia querido, y lo que vale más que todos los estados, el ser y la fama y nombre de excelentísimo príncipe.

Pues ¿qué diré de los reyes don Fernando, su nieto, y de doña Isabel, hija de su sobrino el rey don Juan, reyes verdaderamente católicos y de esclarecida memoria, cuando mandaron salir los moros y los judíos de los reinos de España, los cuales tuvieron más cuenta con conservar y amplificar en ellos la pureza de nuestra santa religion, que no con la falsa razon de estado ni con las rentas reales, que saliendo ellos, necesariamente se habian de menoscabar y disminuir? Pero este servicio que estos gloriosos reyes con tanta piedad y tan desinteresadamente hicieron á Dios, el mismo Dios aventajadamente se le pagó, limpiando estos reinos de toda fealdad é inmundicia de falsas sectas, y conservándolos hasta ahora en la entereza y puridad de la fe católica, y en justicia y paz, y dándoles otros reinos, y descubriendo por su mano un nuevo mundo, con tantos y tan grandes tesoros y riquezas, que es uno de los mayores milagros que ha habido en él. Y el mismo Rey Católico don Fernando reconoció y confesó que todas sus prosperidades y victorias habian nacido del celo que Dios le habia dado de conservar y amplificar su santa religion, con echar á los infieles de España, é instituir en ella el santo oficio de la Inquisicion, como en la historia del mismo Rey Católico don Fernando lo dice Jerónimo Zurita (2). Y el mismo autor escribe que en vida del rey Enrique el Cuarto, cuando no se soñaba que la infanta doña Isabel hubiese de reinar, fray Tomas de Torquemada, fraile de Santo Domingo, su confesor, la conjuró en nombre de nuestro Señor que cuando Dios la enalzase en la dignidad real, volvería por su gloria y mandaría proceder contra el delito de la herejía y apostasía, de tal manera, que aquél se tuviese por el más principal de todos los negocios.

(1) Garibay, lib. xvi, cap. 1. (2) *Anales*, lib. viii, cap. xxxiv, y lib. xi, cap. xlix.

El emperador don Carlos V, nieto dignísimo de tales agüelos, y gloriosísimo y valerosísimo príncipe, tratando de hacer guerra á los príncipes y ciudades del imperio, que se le habian rebelado, tuvo grandes dificultades en aquella jornada; porque por una parte se le representaban las fuerzas de los enemigos, que eran poderosos y estaban armados y apercebidos, teniendo su majestad muy repartido su ejército y dividido en varias y muy distantes provincias, y por otra se le ponía delante la injuria de nuestra religion, la cual sus mismos enemigos habian dejado y perseguían, con desacato de Dios y de la majestad imperial. Pero en fin, aunque en su secreto consejo, á lo que persona grave me ha dicho, no faltó quien, por razon de estado, con muchas y muy graves razones le quiso persuadir que dejase aquella dificultosa y peligrosa empresa, pudo más en el pecho del cristiano emperador el celo de la religion católica, para emprenderla, que los vanos y aparentes temores que le ponían, para dejarla. Y como él se movió por Dios y confió en Él, así Dios le dió felicísimo suceso, y tan señalada vitoria de todos los herejes, sus enemigos, que se puede tener por una de las más excelentes que jamas él alcanzó, con haber alcanzado tantas y tan esclarecidas. Y el mismo emperador la reconoció del Señor, como las demas, cuando, vencido el Duque de Sajonia, con humilde reconocimiento y piadoso agradecimiento dijo aquellas palabras de Julio César: *Veni, vidi, et no, como él, vici, mas Deus vicit; vine, vi y Dios venció*. Y por eso el papa Paulo III deste nombre, escribiéndole y dando el parabien de tan insigne vitoria, le llamó en sus letras apostólicas emperador máxímó y fortísimo (3).

Y por concluir este capítulo con un ejemplo bien fresco y sabido, de Estéban Battoro, que de un pobre caballero vino á ser vaivoda de Transilvania y señor de aquel estado, en el cual fué muy combatido de los herejes que hay en él, que son muchos, para que los favoreciese y diese libertad; y él, por razon sola de estado y de los políticos, lo hubiera de hacer, para tenerlos gratos y estar más seguro; pero, como era príncipe católico, tuvo más cuenta con la religion, y por esta fidelidad, Dios le escogió, en competencia de otros muchos y muy grandes príncipes, por rey de Polonia, y le dió muchas y muy ilustres vitorias y le hizo glorioso en toda la tierra; porque su más principal cuidado era sanar las llagas de los herejes y animar á los católicos, y conservar y propagar la verdadera y apostólica doctrina, y con ella el amor y temor santo del Señor; el cual cumple muy bien lo que dijo al profeta Samuel (4): «Yo glorificaré al que me honrará, mas los que me menospreciaren serán deshonorados y viles.» Destos ejemplos están llenas las historias, y podriamos aquí traer muchos más, si los que habemos referido no fuesen suficientes

(3) Genebr., in *Chronica*, lib. iv; Sleic., lib. xix, y Sur., año 1517. (4) I, Reg., ii.